

**DESDE LA JUVENTUD,
LA ALQUIMIA,
LOS PARADIGMAS Y
LA INCONMENSURABILIDAD DEL CONOCIMIENTO: JAPI**

**ESTUDIAR LA JUVENTUD
ES TENER UN ATISBO AL FUTURO.
ENTREVISTA CON JOSÉ ANTONIO PÉREZ
ISLAS¹**

MÓNICA VALDEZ GONZÁLEZ²

RECIBIDO: 30 DE AGOSTO DE 2025
ACEPTADO: 25 DE SEPTIEMBRE DE 2025

José Antonio Pérez Islas es una institución en México, casi leyenda. Es uno de los referentes más reconocidos de los estudios de juventud, no solo en el país, también en toda Iberoamérica. Es sociólogo de licenciatura, maestría y doctorado, con una especialidad en estudios de juventud y un interés particular por los estudios educativo-laborales y las políticas públicas.

¹ José Antonio Pérez Islas. Coordinador del Seminario de Investigación en Juventud (SIJ) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Correo electrónico: perezislas@yahoo.com; <https://orcid.org/0000-0002-4875-6646>

² Socióloga, investigadora del Seminario de Investigación en Juventud de la Universidad Autónoma de México (SIJ-UNAM). Correo electrónico: monicavaldezgonzalez@gmail.com; <https://orcid.org/0000-0002-7226-4780>

José Antonio Pérez Islas, JAPI de cariño, abrió muchos caminos que permitieron que hoy, los espacios institucionales para la investigación sobre jóvenes sean una realidad. Desempeñó varios encargos en la administración pública federal durante diferentes periodos, y en todos ellos formó equipos, impulsó procesos de investigación, conformó centros de información y documentación y consolidó espacios editoriales, que aún resuenan en los pasillos y son atesorados por coleccionistas: la primera *Revista de Estudios sobre Juventud In Telpochtli, In Ichpuchtli*, publicada entre 1985 y 1988, y la segunda, *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud*, publicada desde 1996 hasta 2006, con más de 25 números editados, un número similar de libros también fueron publicados bajo el mismo nombre: Colección JOVENes.

Promovió dos procesos que hoy día siguen siendo historia: las primeras y únicas, por amplias y ambiciosas, *Encuestas Nacionales de Juventud* en 2000 y 2005; y los primeros *Programas Nacionales de Juventud* en México, que permitieron planear por primera vez en clave de juventud dentro de la Administración Pública Federal.

También tuvo tiempo para transitar por la sociedad civil organizada, y así formó una asociación civil desde la cual llevó a cabo procesos de incidencia e investigación y periodísticos sobre la vida política del país.

Parte de sus desvelos y preocupaciones por las políticas públicas han sido la formación y profesionalización de servidores públicos y la consolidación de sistemas de información y evaluación. En el primer caso ha llevado a cabo innumerables talleres, cursos, diplomados en todas las entidades federativas en México, y otros países. Del lado del sistema de información, fue un gran impulsor de la creación del *Sistema Nacional de Información en Juventud* del Instituto Nacional de Geografía e Informática (INEGI).

En la parte académica ha coordinado desde 2008 el Seminario de Investigación en Juventud (SIJ) en la principal universidad del país, la

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), un área especializada y dedicada a la investigación, la docencia y la difusión del conocimiento, una labor que acumula ya 17 años de permanencia, no sin altibajos propios de las dinámicas institucionales. El SIJ cuenta con investigadores propios y su fortaleza está en los muchos mecanismos de colaboración interuniversitaria, con otros espacios y con investigadores e investigadoras que trabajan en proyectos conjuntos.

Formador incansable y generoso de “la siguiente generación de juventólogos y juventólogas”, lleva 17 años fortaleciendo la Red de Jóvenes que Investigan Jóvenes, y hoy coordina más de 10 grupos de investigación que a nivel nacional trabajan diversas temáticas relacionadas con jóvenes, que están aglutinados gracias a que su nombre resuena entre lecturas, libros, pasillos, encuentros y reuniones.



—**Hola, José Antonio. Qué gusto ser yo quien te entreviste. Agradezco a Última Década y en especial a Klaudio Duarte la encomienda. Estas entrevistas biográficas suelen comenzar por los inicios de toda historia, pero tú y yo somos disruptivos, y me gustaría iniciar por el final. ¿Cuál es el futuro de los estudios de juventud cuando JAPI se jubile? Eres un referente único en el país, y gracias a que uno pronuncia tu nombre muchas puertas se abren. El camino que has andado y los procesos que has consolidado les han facilitado la vida a muchas personas, sean estudiantes, investigadores, funcionarios, del sector social y privado.**

—Lo primero que tendría que decir es que eso de la jubilación es un anhelo muy nebuloso, porque al igual que las nuevas generaciones, nunca pensé en el futuro. Entonces, lo que hice lo disfruté y lo disfruto plenamente muy en el presente, y así seguiré en este camino algunos años más... espero.

Todo mi trabajo en materia de juventud ha sido un viaje fabuloso, pero nunca pensé que esto iba a tener un fin. Aunque lo relevante de toda esta historia, es que tenemos un campo de investigación de lo juvenil ahora bastante estructurado, robusto y diverso.

Por ejemplo, hemos logrado que ahora sea raro que alguien piense que lo juvenil es solamente un grupo de edad. Me parece que ha permeado eso que tanto hemos insistido, que la condición juvenil es una construcción social, que es un elemento totalmente jerárquico y por tanto político, que tiene que verse en las especificaciones propias de las regiones, del origen social y sobre todo de género, que ha sido central en los últimos años. Lo juvenil, pues, me parece que es un asunto que —cada vez queda más claro— es sumamente complejo y diverso.

Y esto es gracias a un trabajo que hemos hecho, y me apunto en él, un grupo de personas que la primera vez que nos enfrentamos al concepto, lo describíamos como un grupo entre tantos y tantos años de edad. Entonces, superada esta concepción, si hiciéramos un listado de aciertos, me parece que este asunto está palomeado, es decir, ya hemos dejado las explicaciones simples.

Lo segundo en nuestro listado es la parte institucional, que sigue por desgracia siendo un campo por construir, por avanzar, por fortalecerse; tuvo su culmen y su desarrollo hacia finales de los años noventa del siglo pasado y principios de este siglo. El crecimiento y la preocupación institucional, ahora, en parte por las propias políticas neo y liberales, otras, por persistir las visiones adultocéntricas que se limitan a darles becas y becas, y nada más, se ha abandonado el campo de lo juvenil desde la parte de las políticas públicas complejas. Quizá quedan algunos países todavía preocupados por la institucionalidad, y estoy pensando en el Cono Sur de América Latina, pero si uno revisa las experiencias en Centroamérica, México y el Caribe, los grandes proyectos e ideales por construir políticas públicas específicas en torno a lo juvenil se han diluido y perdido. Entonces, ahí tenemos un gran déficit.

El tercer punto en el listado es el de la participación juvenil, en donde hemos tenido dos vertientes: una es la formal, que podemos ver en todos los países y que hace referencia al abandono de lo juvenil relacionado con la idea de la desinstitucionalización. Es decir, las instituciones han dejado de ser funcionales para los jóvenes: ya no les funciona la escuela, ni los mercados de trabajo, ni la política; y cada vez la familia de origen ha dejado de ser funcional; y a veces la propia, la que ellos y ellas han empezado a construir, tampoco les hace sentido. Entonces tenemos esa vertiente de abandono institucional por disfuncionalidad, hablamos de instituciones del siglo XX —o a veces del siglo XIX como la escuela—, que les ha costado mucho trabajo transformarse en este siglo XXI.

Pero por otra parte vemos otras actitudes, otras formas de participar que están reflejando una fragmentación del espacio participativo juvenil. Obviamente, las luchas de género han sido relevantes en los últimos años, lo que ha permitido reconocer que el papel de los feminismos y de la conciencia de la identidad de género ha construido fortalezas muy importantes en torno a este tipo diverso de participación. También tenemos otras quizá muy en menor medida, pero vinculadas a una identidad como la participación en prácticas medioambientales, étnicas y sexuales, o de solidaridad internacional como el genocidio de Gaza.

He pensado que hay un proceso que denomino híbrido. Por una parte, una desafiliación, en un proceso que tiene que ver cada vez más con las instituciones que han perdido referencia para las y los jóvenes y la única referencia es la autorreferencia; pero esto como segunda cara, está el abandono institucional que genera esa desilusión, un sentimiento del *ya no me hallo*. Es decir, *ya no me hallo* en la escuela, ni en la pareja, ni en la familia, ni en la política, en nada. Esto tiene una vuelta hacia lo individual, *hacia sálvense quien pueda*. Y es un asunto preocupante porque habla de una singularidad desconectada de muchas cosas. Y ello es un asunto de una nueva generación que, a partir de la pandemia se pregunta: *¿qué hago aquí? No tengo ni el aliciente para seguir estudiando, ni para encontrar trabajo ni para trabajar y menos para participar*. Esas

desigualdades solitarias y pasiones tristes de las que hablaba Dubet, y es precisamente en eso en lo que actualmente estoy trabajando.

¿Qué le dices ahora a un chavo o a una chava para que sigan estudiando? ¿Cómo los convences para que se queden en la escuela? Si ven que la movilidad está detenida y a veces en retroceso, dada la precariedad de los mercados de trabajo. No les puedes ofrecer el cielo de un buen empleo, porque no es cierto. No les puedes ofrecer el proceso de identidad nacional, como en algún momento logró hacer la escuela, porque tampoco es cierto. Esta individualización y la desilusión sin sentido son los elementos que podrían dar pistas en torno a lo que viene.

—**Una perspectiva de análisis que a ti te gusta hacer es sobre las primeras veces de las y los jóvenes. Y a ti te han tocado muchas primeras veces en el campo de la investigación en juventud. Cuéntanos de esas primeras veces, te propongo algunos momentos que conozco y si quieres agregar otros, adelante: el primer grupo de investigadores en una oficina gubernamental, la primera revista académica dentro de una oficina de gobierno, la primera encuesta de juventud patrocinada desde el gobierno o tu primera Red de Investigadores sobre Juventud, por mencionar algunos. ¿Cuáles fueron tus retos y tus aprendizajes? Además, fue gracias a ti que se hicieron.**

—Todos los proyectos han sido esfuerzos conjuntos, he tenido mucha suerte, aunque yo siempre sentí dos circunstancias: una es que *en tierra de ciegos el tuerto es rey*. Y la otra es estar en *el lugar adecuado en el momento preciso*. La primera, lo tengo que aclarar porque cuando se lo dije a Rossana Reguillo no le gustó; me refería sobre todo al ámbito gubernamental, pues cuando comencé prácticamente no se sabía nada de quiénes eran las y los jóvenes; empezamos prácticamente de cero, haciendo sumas y restas con los censos de población —que por cierto los hacíamos con una regla y con una calculadora, pues todavía no había computadoras—. La segunda circunstancia es que tuve a gente institucional con poder de toma de decisiones que quiso escuchar de un grupo de jóvenes, en

ocasiones, no con buenas formas, la necesidad de abrir espacios para conocer y pensar lo juvenil más allá de lo circunstancial. Pero en todo este proceso estaba la conciencia, que me parece clara hasta hoy, de que el servicio público era eso, un servicio público, pensado en los otros. De tal manera que estar ahí era un compromiso con la comunidad. Siempre mi pensamiento fue en ese sentido, trabajar para esa comunidad.

—**¿Pero no se vincularon también tus anhelos personales y esa fortuna de estar en el tiempo, lugar y con las personas indicadas?**

—Claro, una de las situaciones comunes que le sucedió a mi generación, la generación de los setenteros. Es que la mayoría no llegamos de una manera directa al tema de la juventud, sino que fueron aproximaciones sucesivas y paulatinas de acercamiento al tema. En mi caso, a lo mejor coincidentemente, yo venía de la sociología de la educación, pero también de mi trabajo en comunidad con jóvenes de barrio. Unir esas dos cosas me empezó a interesar. Y la otra, llegar a un campo que era desértico; encontrar un texto sobre jóvenes, por ejemplo, la *Revista Mexicana de Sociología*, que inició sus ediciones si no mal recuerdo en 1939, el primer artículo que encontré sobre jóvenes no fue hasta 1965. Esos primeros textos justo abordaban el tema de jóvenes desde la edad. No había mucho de dónde sacar información, te la tenías que inventar.

De ahí surgió la necesidad de crear pares, crear comunidad, con quienes pudieras hablar sobre estos temas que te interesaban. Recuerdo que mi primera actividad en el gobierno cuando llegué —que por cierto fue la primera y única vez que encontré en el periódico una convocatoria donde se solicitaban antropólogos, sociólogos, polítólogos—, llegamos jóvenes entre los 23 y 26 años que veníamos egresando de la universidad, la mayoría de nosotros no sabíamos ni a qué llegábamos. Y reconozco que arribar a un espacio distinto en el sector público se volvió un compromiso de vida; hicimos una comunidad de discusión y un montón de cosas: seminarios, publicaciones, encuentros, con los cuales comenzamos

nuestra formación autodidacta; con la anuencia del director, que tengo que decir su nombre, Ignacio Zamarrón, quien nos dejó hacer y deshacer, aprendimos a construir un espacio completamente lúdico; y esto fue lo que aprendí.

Esta primera experiencia me echó a perder (se ríe) para siempre. Porque nunca tuve equipos rígidos, sino en realidad cada uno hace lo que quiere con cierto elemento de responsabilidad que debemos tener, con compromiso, y este es un elemento central en mis primeras veces. Pues siempre he hecho lo que he querido, sentirme respaldado y no tener un jefe detrás de mí todo el tiempo ha sido parte del escenario de esas primeras veces, un ambiente propicio para innovar.

Y ahí descubrimos que el sector público era un espacio en el que, cuando se quiere, cuando se asume el compromiso, se pueden hacer grandes cosas. Y fue un tiempo que disfruté mucho, tanto que trabajaba hasta doce horas al día.

—**Esta claridad de tus primeras veces de afirmar: “necesitamos una revista”, “este país necesita una encuesta de juventud”, ¿de dónde viene? Porque, si bien viví contigo esta libertad de hacer, ¿cómo se te ocurrían esos proyectos?**

—Fue parte de la convivencia cotidiana con el equipo de trabajo, por ejemplo: “queremos saber cuántos jóvenes estudian y trabajan”. “Ay, pues no sabemos, el censo de población no te dice eso, no tiene esa especificidad y había que construir el dato”. “Necesitamos saber cuántos están enamorados y cuántos no, pero no hay ninguna encuesta que te diga eso”, “entonces, hay que construir el dato”; y así, ante necesidades de información nos topamos con la ausencia de datos. En el mejor de los casos se desarrollaban estudios cualitativos centrados en poblaciones concretas pero que no se podían generalizar. La decisión de la primera encuesta fue parte de un proceso. En ese tiempo era la gran etapa de lo cuantitativo, donde era importante tener encuestas, censos y este tipo de estudios. Y crecimos bajo esa égida de tener información para construir datos, diagnósticos, políticas, programas. Lo que ahora se llama políticas basadas en evidencias.

O cuando impulsamos los espacios editoriales. Como te decía, buscábamos artículos sobre jóvenes y no había en ningún lado. Entonces, “tenemos que construir un espacio donde se publiquen estos nuevos conocimientos”, y aprender de otros proyectos, por ejemplo, la primera vez que conocí la *Revista Española de Juventud* aluciné; hay reconocer que los españoles nos brindaron un camino a seguir. Obviamente advertimos la maravilla de tener una revista específica sobre estudios de juventud, y en América Latina en ese momento no había espacios editoriales, nosotros fuimos pioneros, tener una revista y además desde el gobierno... era más fácil conseguir balones. Si tú querías comprar tres mil balones de fútbol, te llegaba el dinero, pero si tú querías hacer un tiraje de mil ejemplares de una revista nos decían: ¿y eso para qué?, ¿para qué sirve políticamente?, ¿quién la va a leer? Era una pelea administrativa y política, pero lo logramos. Yo diría que ese fue como el camino: se nos ocurría, lo intentábamos, lo peleábamos y lo logramos. Tú misma lo experimentaste cuando te tocó, ¿no?

Y otro elemento que me parece muy afortunado es que, a pesar de todas las limitaciones institucionales que tuvimos en diversos momentos, yo tengo que reconocer que *hubo gente que nos aguantó*. Hubo directores generales y jefes que apoyaron las ideas y las ocurrencias y locuras, o cuando menos les importaba poco y nos dejaban hacer, y estos son elementos sustanciales para desarrollar proyectos, algo que ahora es imposible de pensar desde el gobierno.

—Regresando a la investigación, te ha tocado también estar detrás de los primeros, de los segundos, de los terceros y ahora de los cuartos estados del arte de la investigación en jóvenes en México. Desde esa trinchera donde tú has visto el discurrir de toda esta historia, ¿cómo han cambiado los temas en los estudios de jóvenes?

—Los primeros estados del arte eran temáticos: educación, empleo, sexualidad, participación juvenil; y ahora estamos ante la posibilidad de dejar esas temáticas generales y adentrarnos en sujetos específicos. Otro elemento central de estos

nuevos estados del arte es quizá la primera vez que tenemos especialistas formados en cada uno de los temas y subtemas.

Decía yo que en mi generación nadie se formó directamente en juventud. Lo hicimos en el campo, en el trabajo cotidiano. En cambio, ahora ya hay egresados de especialidades y posgrados en juventud. Que se han dedicado a estudiar a veces desde la licenciatura, la maestría o el doctorado, sus propias construcciones de lo juvenil, forjando sus propias trayectorias.

Recuerdo que Rosana Reguillo decía también que habría que formalizar a los investigadores en juventud porque, por ejemplo, en algún momento prácticamente había uno o dos doctores dedicados a los estudios de este segmento. Hoy tenemos doctores, profesores, maestros, licenciados, especializados, diplomantes, y eso habla de que el campo se ha profesionalizado y sobre todo se ha fortalecido. Entonces, esta distinción también muestra la diversidad y fragmentación de las grandes temáticas de investigación. Y yo diría que no solamente escisión temática, también amplitud, es decir, hay una presencia cada vez más diversa de actores.

Hoy, no solamente tenemos jóvenes rurales, tenemos jóvenes vinculados a las etnias, tenemos afrodescendientes, sectores que antes eran invisibles. Ahora hay más elementos para hacer estas revisiones de los estados del arte. Y claro, actualmente la tecnología también ayuda a construir estos esfuerzos de investigación. Antes, si tú sabías que había un artículo que alguien escribió en Chile o Argentina, debías tratar de localizarlo, aunque era complicado tener un ejemplar, generalmente teníamos acceso a fotocopias y ellas costaban en sí mismas una fortuna. Hoy, con la tecnología podemos construir bases de datos mucho más rápido y accesibles, que habla también de otra forma de investigar lo juvenil.

—Con este primer recorrido por algunos de los proyectos que te ha tocado liderar, háblame, ahora sí, de tu propia trayectoria, porque siempre has

dicho —y me incluyo— que perdimos nuestra propia juventud estudiando a jóvenes. ¿Por qué estudiar a las y los jóvenes?

—Yo siempre he dicho que estudiar lo juvenil es tener un atisbo al futuro. Es esta idea de pensar qué sucederá en algunos años sobre lo que pasa en esta sociedad. Y no es porque mandemos al futuro el tema juvenil, sino que, al contrario, entendemos que lo juvenil es un presente que está construyendo desde ahora el futuro.

Me parece que, por ejemplo, lo que yo digo que los jóvenes están más desafiliados a las instituciones, lo puedes proyectar hacia el futuro: ¿qué sociedad vas a tener, cuando no hay instituciones que te respalden, cuando no va a haber espacios de comunidad? En ese sentido, esto que sabemos hoy de las y los jóvenes es una reflexión sobre el futuro posible, en el cual, además, tienes que intervenir ahora, debes hacer cosas hoy para no llegar a ese posible futuro de desafiliación total. Así que estudiar a las y los jóvenes ha sido esta posibilidad de pensar futuros. Y cómo podemos construir distintas alternativas, cómo esos futuros que se empiezan a vislumbrar como distintas posibilidades ahora mismo.

Y así fui construyendo mi propia trayectoria, aunque en algún momento he tenido que estudiar y aproximarme a casi todas las temáticas de lo juvenil por los proyectos que he coordinado, aunque me he resistido mucho al asunto del consumo excesivo de sustancias, porque siempre es una de las temáticas en la cuales, si estuviéramos viendo una película, ya sabemos el final: *di no a las drogas*; ahí la visión adultocéntrica pesa mucho, y sin duda es un tema que debería tener una diversidad de otras posibilidades.

Pero mis intereses han sido construidos un poco por esa trayectoria de la educación y el empleo. Ha sido una temática que construí prácticamente desde que salí de la Licenciatura en Sociología. Mi interés por indagar lo más estructural de lo juvenil, que tiene que ver con las instituciones que deberán favorecer el desarrollo de las y los jóvenes. Y, por otra, la cuestión de las políticas

públicas que tiene que ver con ese gran tema experiencial y de mi propia trayectoria laboral, que me tocó construir donde también no había nada, el primer *Programa Nacional de Juventud*, lo construimos de cero. Y nos imaginamos cosas que después sirvieron para marcar muchas rutas. Por ejemplo, la necesidad de hacer evaluaciones de programas que eran impensables y que en algún momento nos odiaron mucho porque detectamos algunos que no servían de nada, que eran dinero tirado a un pozo sin fondo.

Entonces, hay un asunto muy cercano a mi propia actividad diaria, que es parte de mi vida durante más de 25 años de experiencia profesional. Esos dos temas siempre me han interesado. Independientemente de que he tenido que estudiar muchas veces de manera circunstancial otros temas.

—Retomando la participación de las y los jóvenes, te ha tocado ser testigo de primera línea de diversos movimiento. Muchos de ellos me parecen estudiantiles: el movimiento de 1986 y la larguísima huelga de 1999 en la UNAM; el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994; Yo soy 132 de 2012 e incluso el 15 M de 2011 en España. Y a lo lejos fuimos testigos de lo que sucedía con el Occupy Wall Street o las revueltas de los pingüinos en el Cono Sur. ¿Cuál es tu lectura sobre estos sucesos? ¿Podemos hablar de procesos que permiten ver a las y los jóvenes como protagonistas, si encabezan procesos de revolución? En una entrevista tuya que acabo de leer, hablabas justo de las generaciones: una generación que revoluciona, una generación que consolida, una generación que se atora y volvemos a empezar. Estamos viendo estos ciclos, ¿cuál es tu lectura desde este enfoque de participación?

—Yo tendría varias respuestas. Una es lo experiencial; yo siempre dije que mi generación llegó muy joven al movimiento de 1968 y muy vieja al movimiento de 1986. Entonces, nos tocó una etapa en la cual nunca tuvimos un protagonismo como generación, como para hablar de estos movimientos desde el interior. Para

el movimiento del 1968 estábamos en la secundaria. En 1986 me tocó estar fuera del gobierno, pero estábamos en un periódico, entonces di seguimiento desde ahí, lo cual fue fabuloso y fascinante. Los otros movimientos que enlistas me han tocado desde la academia, con una visión más analítica.

Pero el movimiento que sí presencié, sobre el cual hay una gran discusión sobre si es o no movimiento, me tocó también llegar tarde, pero ser de alguna forma parte de él, es el movimiento del sector popular protagonizado por jóvenes, los chavos banda: los famosos *Panchitos*.

Fueron visibles cuando ya estábamos en el gobierno. Y recuerdo la primera vez que aparecieron enfrente del Instituto de la Juventud, entonces llamado CREA. El director general me dijo: ¿qué hacemos?, ¿qué les voy a decir? Yo sugerí: “No les digas nada, escúchalos, ¿qué es lo que quieren plantear y decir?”, porque si llegamos a decirles cosas, pues es como hablar en el desierto.

Entonces, nos tocó tener participación central, y yo creo que ahí queda claro a lo que me refiero: *que en la tierra de los ciegos el tuerto del rey*, porque éramos los primeros que teníamos alguna idea sobre esos movimientos, no los veíamos desde la parte periodística más visual, y tampoco desde la parte policiaca y punitiva. Teníamos una visión analítica y comenzamos por primera vez una experiencia de investigación participativa. Hicimos la primera investigación sobre los Panchitos con ellos mismos.

Yo los tuve en la oficina dos veces a la semana haciendo un *desmadre*. Pero en una relación, digamos casi de pares: discutíamos, nos peleábamos, fumábamos —no digo qué cosa—, en fin, logramos una relación que intentaba construir otro tipo de vínculos.

Esa fue una primera experiencia de cercanía con un movimiento que quizá distaba mucho de los movimientos estudiantiles. Tenía un gran sentido crítico

hacia lo académico, lo intelectual, planteaba cosas que no se habían proyectado desde el mundo estudiantil, como los temas de vivienda y de los territorios.

Y creo que sobre aquellos grandes movimientos que mencionas, bueno, siempre se dijo que en los años noventa el movimiento juvenil estaba acabado, y entonces nos sorprenden los estudiantes y surge el movimiento en la UNAM, y cierran la universidad durante prácticamente un año. Cuando se decía que no iba a moverse nada. Esto nos enseñó que intentar proyecciones sobre lo que va a suceder con los movimientos juveniles es imposible. Yo siempre he dicho: “Yo hago sociología, no adivino cosas”. Me parece que es muy difícil saber qué va a pasar.

Pero viendo las actuales circunstancias, volvemos al tema que planteaba al inicio sobre la desafiliación; me parece que cada vez va a ser más difícil encontrar grandes movimientos, pero sí contaremos con algunos particulares. Citando al sociólogo costarricense/español Pérez Sáinz, en los sistemas de exclusión hay cuatro formas de participar que se han construido particularmente como espacios alternativos: uno es el de la violencia, crimen organizado; otro el de los sectores religiosos, todas esas nuevas constituciones de religiosidad popular. Un tercero es el de las migraciones, que en México experimentamos muy fuerte en los años pasados; y finalmente, el de los movimientos de acción colectiva y locales, que parten de las bases, muy acotados.

Por ejemplo, una tesis de doctorado de Héctor Andrade, que me tocó evaluar este año, hace un análisis sobre jóvenes que participan en los movimientos actuales desde el *Black Block*, a los movimientos de los sin casa. Y son actores sociales muy interesantes porque son chavos particularmente precarizados en lo laboral, que se sostienen, yo diría, entre esta línea muy delgada de la supervivencia. Y su lucha alternativa, por llamarla de alguna manera, convive con su vida cotidiana o la necesidad o el reto de sobrevivir; uno piensa en un participante *black block*, pues en algún momento tiene que comer. Tienen en su mayoría trabajos precarizados y entiendes cuál es su actitud frente a lo institucional. Algunos

movimientos de las chavas del bloque de género también tienen sus empleos precarizados y después van y participan.

Entonces, hay esta casi participación heroica, diferente —o no— a la que puede surgir de los movimientos estudiantiles que luchan y que quizá después tienen la posibilidad de regresar a su casa, y comer sus alimentos diarios porque tienen el respaldo de la familia. Yo creo que ahí tenemos otro tipo de movimientos nacidos de la precariedad, y me parece que es un asunto que tendríamos que pensar de otra manera, que pueden dar un golpe de un campanazo en algún momento dado. Pero que quizás por su origen tengan mayores dificultades para lograrlo.

—**Retomando esto último que dices sobre estas vidas precarias, tenemos a grandes contingentes de jóvenes, fundamentalmente hombres, completamente criminalizados por solo el hecho de ser jóvenes. Con una condición precaria como tú la nombras, con un color de piel que no es el adecuado, con orientaciones sexuales que aún hoy son censurables y algunos académicos que han empezado a acuñar y a usar el término de juvenicidio, ante esta sociedad que ve a sus jóvenes como completamente sacrificables. ¿Qué contextos están viviendo estos jóvenes que les está costando la vida? ¿Cómo leemos esto?**

—Sobre el concepto mismo de juvenicidio yo soy algo crítico en torno a que, es cierto, o sea, tenemos a un sector de jóvenes que están matando, y que están muriendo por causas no solo del crimen organizado, sino estructurales, donde el Estado tiene una gran responsabilidad, y eso es muy preocupante.

Pero yo diría que son más preocupantes los miles o millones de jóvenes que mueren casi sin hacer ruido en el día a día por la estructura de precarización instalada. Esto me parece que es más alarmante, jóvenes que no saben si van a comer mañana, no saben si van a tener un empleo, no están seguros si van a regresar a la escuela o no; no saben si van a tener la posibilidad de una vivienda mañana, y que salen a buscar cómo sobrevivir, en empleos mal pagados,

inestables, totalmente informales. Que no les permiten pensar más allá de lo que va a ser su vida en dos o tres días. Me parece que esos jóvenes, por llamarlos de alguna manera presentistas, pero presentistas precarizados, son más preocupantes y son millones. Me parece que es un asunto que tendría que llamar la atención de esta violencia que tiene que ver mucho con lo estructural y con las nuevas formas de organización y de gobierno de esta sociedad. Donde el empleo formal es un bien cada vez más escaso, y lo seguirá siendo.

—Ahora, ante esta debacle social e institucional, ¿qué debe hacer la investigación? ¿Tenemos que pasar del estudio a la acción? ¿Qué hacemos? ¿Qué hacen los investigadores ante esta perplejidad que nos rebasa día a día?

—Te digo que en algún momento hicimos investigación-acción y tiene muchas posibilidades. Porque tiene una intervención directa en un campo concreto, me parece que la mayoría de los casos son campos acotados, reales, pero en algún momento se pierde esta distancia epistemológica, por llamarlo de alguna manera, que debe tener un proceso de reflexión sobre cierto hecho social. Entonces, ¿cómo lograr la flexibilidad de lo cercano y lo distante en torno a ciertos momentos sobre un proceso social que está dándose? Por ello no se hace historia del momento, porque necesita un proceso reflexivo distanciado para construir el hecho histórico complejo.

En ese sentido, hacer sociología siempre tiene estos riesgos de que te equivoques en la reflexión, porque tiene un riesgo particular. Y la investigación participativa siempre corre el peligro de nublar la posibilidad de ver el bosque y quedarte en un árbol. Yo creo que sí hay un compromiso social que debe tener cualquier investigador/a, por eso siempre he estado en contra del investigador en su oficina, solitario, reflexionando sobre el mundo; parte de mi trayectoria es que siempre he tratado de construir comunidades. Me parece que un asunto central es cómo puedes trabajar con otros de una manera reflexiva y cooperativa.

Cómo puedes construir el contexto de una manera que no te obnubile, sino que puedas confrontarlo, discutirlo, cambiarlo, modificarlo o mantenerte, y ello es en colaboración con otros colegas. Y eso me parece una parte central que tendría que hacer la investigación de juventud y que cada vez más he apoyado ese tipo de construcciones de grupos de investigación, es un asunto elemental para expresarse.

—Ahora me parece que hay que tener una posición mucho más crítica respecto al rol de las universidades. Si están matando a nuestros jóvenes, en las políticas públicas hay un desacuerdo y un desatino total, y de pronto somos testigos de que las universidades nacionales y públicas están completamente silenciadas, sin posicionarse como actores relevantes y políticos ante sucesos graves.

—Efectivamente, no dicen nada. Yo creo que están en un papel muy complicado. Hay varios procesos que confluyen, primero, el espacio educativo es quizá la última trinchera de defensa de lo juvenil y habría que defenderlo. El espacio escolar con todas las críticas que le tengamos y debemos hacerle es todavía un lugar seguro para la mayoría de las y los jóvenes —lo dicen ellas y ellos mismos—. Obviamente es una institución que debemos reformular y replantear desde múltiples miradas, pero es un espacio que hay que conservar.

El segundo elemento es que tenemos una incidencia en muchas líneas, donde la universidad está bajo asedio desde muchos frentes. Pasa de este papel de lo social a ser una organización, yo diría, quasi empresarial o quasi ligada solamente a objetivos cuantitativos: cuántos egresados, cuántos tienen becas, cuántos reprobados, cuántos desertaron, etcétera. Cuentas que, si bien son importantes, para hacer una institución eficiente no son la carne que debe tener la universidad. Son precisamente los miembros y fundamentalmente los miembros jóvenes, o sea sus estudiantes, quienes le dan sentido a la escuela.

Es decir, una universidad no es universidad por sus profesores, ni por sus administrativos, ni por sus sindicatos, es universidad porque tiene jóvenes. Si no, podría ser una institución empresarial o lo que sea, pero lo que le da sentido de diversidad es que tiene estudiantes.

Ese es el tejido que hay que construir dentro de la propia universidad. Nos hemos perdido en estas búsquedas por lo racional y lo efectivo, que no niego que tenga su importancia, pero no es lo central obviamente.

Las universidades en México apenas tenemos el 20% de los jóvenes, el otro 80% ya no está en estos espacios educativos. Tenemos que bajarnos para hacer más una universidad de todos, que no sea solamente de la élite del 20% de la población.

La búsqueda de la universidad distinta creo que tiene que empezar antes, de nada nos sirve que lleguen estudiantes que no sepan leer ni escribir, porque la universidad tendrá muchos problemas, obviamente formales e informales, pero tendrá mucho más por hacer. Y debería estar centrada también en reconstruir ese tejido social para volver a llamarla comunidad universitaria.

—**Estudiar a los jóvenes es entonces un atisbo al futuro. Para cerrar nuestra conversación, me gustaría preguntarte, has incentivado desde hace muchos años a la fecha una nueva red de investigadores de jóvenes que investigan jóvenes. O este nuevo atisbo que también atinadamente has tenido de no dejar de incentivar los procesos de formación, por ejemplo, para funcionarios o para todo el que se quiera formar o seguir consolidando los espacios editoriales, etcétera. En fin, todo un resumen de tu trayectoria. Pero en ese atisbo al futuro, ¿qué sigue para la investigación de los jóvenes?**

—Dejaré tres pistas. La primera yo creo que es la institucionalidad. Hace pocos días una colega me decía, “es que ahora todo un mundo presume de que pertenece a un centro de investigación”, “yo le decía, el único centro formalmente armado

para la investigación en juventud anclado a una universidad en México es el SIJ, hay otros que son grupos de investigación, digamos como piezas coyunturales de una institución". Pero no tenemos institucionalidad sobre estudios de juventud en el país, ojalá existiera, ojalá fuéramos 32 centros de investigación de juventud en todo el país (uno por cada entidad federativa). Y que pudiéramos hablar entre nosotros, que pudiéramos llegar a acuerdos y establecer líneas de trabajo conjunto. Ojalá lo pudiéramos hacer, pero el problema es que todo es coyuntural. Entonces, no hay posibilidad de planear a largo plazo. Es decir, el hecho de estar haciendo los nuevos estados del arte 2025, nos ha llevado tres años en su construcción. Si no tuviéramos la estabilidad que nos da el SIJ, no se hubiera podido construir. O sea, tuvimos la necesidad de tener un área de investigación que permitiera durante tres años, y ya vamos para el cuarto, la posibilidad de construir. Con voluntades, con participaciones, pero también con presupuestos; sin una institucionalidad me parece que es muy difícil construir o seguir fortaleciendo el campo de investigación en juventud.

El otro elemento central me parece que es este vínculo que todavía no se logra articular. Hemos logrado algunos lazos importantes en temas, por ejemplo, de educación y juventud. Pero, en mercados laborales esporádicamente tenemos vínculos, cuando buscas desde la parte juvenil las cuestiones de campo laboral son mínimas, cuando buscas desde los mercados de trabajo las cuestiones sobre juventud son exigidas, ahí hay un campo que se debe explorar.

Por otro lado, tenemos casos coyunturales, aparece lo del tema del juvenicidio, por ejemplo, y hay un *boom* de producciones que aparecen con la temática y así también después de uno o dos años desaparecen. Y entonces se pierde continuidad. Una de las cosas que nos hemos preocupado en el SIJ es que haya una cierta continuidad. No podemos obviamente abarcar todos los temas, pero en algunos lo hemos logrado, como para dar el seguimiento a lo que está sucediendo en ese campo temático.

Y el tercero es obviamente el tema de la comunicabilidad de las cosas. Porque es algo que todavía no aprendemos y ahí asumo mi falencia en el sentido de cómo comunicamos esas cosas que estamos encontrando. Todavía no aprendemos ese lenguaje de decir las cosas centrales, serias, bien fundamentadas, etcétera, y que puedan extenderse, o sea, ¿cómo convencemos a los políticos y a los medios de comunicación de que estas cosas son elementales? ¿A los docentes para que sepan que el tema de aprender a leer a sus estudiantes es central? Me parece que ahí hay una ventana de oportunidades, como ahora dicen.

Y algo adicional que acabo de recordar es esta casi desaparición de las disciplinas, o sea, un sociólogo que no estudia economía o que no ve política, pues no es sociólogo completo. Entonces, en ese sentido, me parece que faltan diálogos con otras disciplinas. Por ejemplo, no hemos podido establecer un diálogo real, serio, con la psicología, con la economía, me parece que hay ahí espacios importantes para poder establecer diálogos interdisciplinarios.

—JAPI, ¡muchas gracias por tu tiempo y por todo este recuento de vida!